

Prólogo

Valladolid

22 de Julio de 1454

La reina estaba arrodillada junto al lecho de su marido, rezaba y se resistía a aceptar la realidad; el rey Juan II de Castilla estaba agonizando. El monarca, moribundo, en su lecho de muerte, rogaba porque sus hijos Isabel y Alfonso no hubieran heredado la enfermedad mental de su madre, la reina Isabel de Portugal. Eso podría suponer una tara genética en las futuras generaciones de la casa real de Castilla. Levantó débilmente la mano en un intento de entrelazarla con la de la reina y le dijo con voz frágil y apagada: «Yo habría llevado una vida más feliz y sería en este momento un hombre más dichoso si hubiera nacido hijo de un labrador y fuera fraile del Abrojo, que no rey de Castilla». Miró fijamente a la reina y quiso decir algo más, pero una débil y estertorosa tos no se lo permitió. Los ojos desesperados de la reina se posaron sobre el monarca y se temió lo peor. Hizo llamar a su médico y a su confesor para que le diera los últimos sacramentos y no pudo evitar pensar que en breve habría un nuevo rey en Castilla, y sería su hijastro Enrique.

Enrique, el heredero del trono, esperaba en sus aposentos de palacio la noticia de la muerte del rey. Estaba impaciente por sentir el peso de la

corona sobre su cabeza. Era consciente de que el pueblo estaba cansado del desastroso gobierno de su padre y estaban deseando proclamar al nuevo monarca.

Blanca de Navarra, esposa de Enrique, llegado el momento también debería ser coronada reina. Llevaba casada con Enrique doce años, pero en todo ese tiempo no había podido concebir ningún hijo que pudiera suceder en el trono a su padre. Enrique en ese momento lo necesitaba más que nunca y, dado que la unión había resultado estéril, Blanca ya no le era útil. Necesitaba poner remedio a esa situación.

Blanca conocía bien a Enrique y sabía la vida que llevaba su marido. Se sentía asustada y le preocupaba la idea de que Enrique la repudiara por no haber concebido un hijo. En ocasiones llegó a cuestionarse si Enrique era capaz de engendrar un heredero. ¿Sería posible que fuera estéril?, se preguntaba Blanca, pero Enrique ya estaba pensando en la nueva esposa que tendría una vez se hubiera librado de ella.

El rey Juan II sentía cercano su eterno reposo, deseaba morir en paz con la conciencia tranquila y reclamó la presencia de su hija Isabel. Cuando la tuvo frente a sí, asió su mano y con voz débil le dijo:

—Solo por necesidad un rey se preocupa más por sus hijos varones, pero eso no significa que sienta menos amor por sus hijas. Isabel, soy consciente de que mis días se acaban y vuestra madre está enferma. A pesar de vuestra corta edad os pido que cuidéis de vuestro hermano Alfonso.

»Enviad a alguien en busca de mi hijo Enrique, ya no puedo durar mucho —pidió el rey a su médico, tras despedirse de su hija Isabel.

Al llegar Enrique junto al lecho de su padre, la emoción del momento se reflejó en su rostro, pero Juan II sabía que su hijo estaba deseando adueñarse del poder que ya no tardaría mucho en ser suyo.

—Enrique, hijo mío —empezó a decir el rey con voz temblorosa—, dejo dos hijos pequeños. Espero que no olvides jamás que son tus hermanos. Cuida bien de ellos. Necesitarán tu protección.

—No lo olvidaré.

—También os pido que respetéis a su madre.

—Así lo haré.

—Me habéis dado vuestra sagrada promesa y ahora puedo descansar en paz —dijo el rey en un susurro.

El rey estaba agonizando y su mujer y su hijo se apartaron del lecho para dejar que se acercara su confesor. La noticia de la muerte del mo-

narca se difundió rápidamente por el palacio: «El rey Juan II ha muerto, Enrique IV es ahora el rey de Castilla».

La reina Isabel sabía que debía abandonar el palacio y estaba lista para hacerlo junto a sus dos hijos Isabel y Alfonso. Se levantó y se llevó a su hija Isabel hasta el otro extremo del gran salón, se inclinó sobre la pequeña y le dijo con voz firme:

—Recuerda y no lo olvides jamás que, si tu hermanastro Enrique muere sin dejar herederos, tu hermano Alfonso sería proclamado rey de Castilla; y si Alfonso muriera —se detuvo un instante y miró fijamente a su hija—, tú, Isabel, serías reina de Castilla y el trono sería tuyo de derecho.

—Sí, alteza, lo recordaré —respondió la infanta Isabel.

La reina desvió la mirada, unas tristes y enlutadas lágrimas corrían por sus mejillas, y continuó diciendo con tristeza:

—Es posible que tengamos que partir pronto y hemos de estar preparados para abandonar la corte.

La reina Isabel de Portugal y sus hijos Isabel y Alfonso abandonaron la corte para dirigirse al castillo de Arévalo. La reina viuda se prometió, a sí misma, criar a sus hijos para que cuando llegara el momento fueran capaces de hacer frente a su destino, que sería reinar en Castilla. Estaba convencida de que el momento llegaría porque Enrique no podría engendrar un hijo.